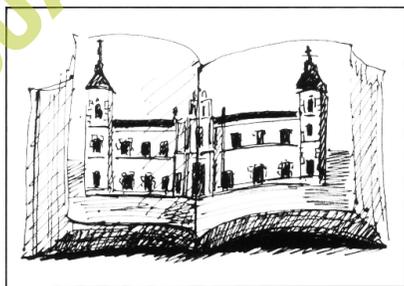


EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

**EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO**

Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia

PALIQUE  
DIPLOMÁTICO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°59—

MADRID • MMXX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © WENCESLAO RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JUAN MOREDA OTERO Y SERGIO COLINA MARTÍN.

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Fotografía de cubierta: Palacio Barberini, Roma

Primera edición: Septiembre 2020

I.S.B.N: 978-84-122076-6-8

Depósito legal: M-22647-2020

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

# ÍNDICE

<b>NOTA DE LOS EDITORES</b> .....	pág.	7
<b>PALIQUE DIPLOMÁTICO. PRIMERA SERIE</b> .....	pág.	9
PRÓLOGO DE DON GABRIEL MAURA .....	pág.	13
I. PALIQUE DIPLOMÁTICO .....	pág.	21
II. LA PRIMERA SECRETARÍA DE ESTADO EN PALACIO .....	pág.	28
III. EL REY QUE NO NOS MERECIÁMOS .....	pág.	36
IV. BERLÍN, HACE CINCUENTA AÑOS .....	pág.	40
V. UN EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LONDRES .....	pág.	49
VI. LOS ESPECIALISTAS .....	pág.	54
VII. UN DESPACHO FAMOSO Y UN VIUDO INCONSOLABLE .....	pág.	58
VIII. LA CORTE DE LISBOA .....	pág.	62
IX. DE PARÍS A CARACAS .....	pág.	75
X. EL HAYA Y LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ .....	pág.	86
XI. LA TURQUIA DEL SIGLO PASADO .....	pág.	99
XII. BRUSELAS .....	pág.	108
XIII. EL TRATADO DE PARÍS .....	pág.	118
XIV. LA CIUDAD IMPERIAL .....	pág.	129
XV. UN VIAJE REGIO .....	pág.	137
XVI. EL PACTO DE CARTAGENA .....	pág.	148
XVII. LA CUESTIÓN DE TÁNGER .....	pág.	155
XVIII. UN MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS ITALIANO .....	pág.	159
XIX. LA CIUDAD ETERNA Y EL PALACIO BARBERINI .....	pág.	166
XX. LA CONFERENCIA DE GÉNOVA .....	pág.	178
<b>PALIQUE DIPLOMÁTICO. SEGUNDA SERIE</b> .....	pág.	187
PRÓLOGO DE DON MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA .....	pág.	189
I. PRELUDIO .....	pág.	249

II. MIS ABUELOS .....	pág.	254
III. MI PRIMER PUESTO EN EL EXTRANJERO .....	pág.	278
IV. RECUERDOS DE LAS REPÚBLICAS DEL PLATA .....	pág.	287
V. LOS EMBAJADORES DE ESPAÑA EN PARÍS DE 1883 A 1889 .....	pág.	307
VI. LOS REYES EN EL DESTIERRO .....	pág.	336
VII. LA SUBSECRETARÍA DEL MINISTERIO DE ESTADO .....	pág.	345
VIII. UNA CRISIS MINISTERIAL EN 1895 .....	pág.	356
IX. UN REY CONSTITUCIONAL .....	pág.	361
X. EL PRESIDENTE WILSON .....	pág.	366
XI. AL MARGEN DE UN LIBRO DEL CONDE DE ROMANONES: LA INTELIGENCIA CON FRANCIA E INGLATERRA (1902-1913) .....	pág.	371
XII. AL MARGEN DE UN LIBRO DEL CONDE DE ROMANONES: LA NEUTRALIDAD DURANTE LA GRAN GUERRA .....	pág.	379
XIII. LOS DIPLOMÁTICOS DE LA CUTRELANDIA .....	pág.	385
XIV. LA LEGIÓN DE HONOR .....	pág.	389
XV. EL MINISTERIO DE ESTADO .....	pág.	393
XVI. CRÓNICA DE UN VIAJE REGIO .....	pág.	405
XVII. LA EMBAJADA EN LONDRES .....	pág.	424
XVIII. LA EMBAJADA EN PARÍS .....	pág.	445
XIX. PRÓDROMOS Y COMIENZOS DE LA GRAN GUERRA .....	pág.	458
XX. EL FIN DE MI EMBAJADA EN PARÍS .....	pág.	473
 <b>EL ESTILO DIPLOMÁTICO</b>		
FRAGMENTO DEL DISCURSO DE INGRESO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1916) .....	pág.	483
 <b>NECROLOGÍA</b>		
APARECIDA EN EL BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA (1933) .....	pág.	505

## NOTA DE LOS EDITORES

Para la presente reedición del PALIQUE DIPLOMÁTICO de Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia se ha optado por unir las dos series en un único volumen al que se han añadido, con el objetivo de tratar de facilitar su lectura, algunas notas informativas a pie de página que en ningún caso pretenden ser exhaustivas ni constituir un aparato crítico con vocación académica.

Por otra parte, se ha optado por mantener, por regla general, las grafías y giros lingüísticos del texto original. También con el fin de facilitar la lectura, se han suprimido únicamente las tildes no diacríticas de las palabras monosílabas y se ha modificado el uso constante de mayúsculas para los nombres de los meses y para la mayoría de tratamientos, títulos, cargos y nombres de dignidad.

**EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO**

PALIQUE DIPLOMÁTICO  
primera serie

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

**EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO**

## DEDICATORIA

Al Excmo. señor D. Manuel Gómez-Hontoria, que fue siempre mi amigo como subordinado y como jefe, y nunca imitó a la fortuna cuando me volvió, en sus antojos, las espaldas, dedico, en testimonio de agradecimiento y de cariño, estos deshilvanados recuerdos de mi vida diplomática, escritos a vuela pluma y de memoria para entretener los ocios de un ardiente verano madrileño.

**EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO**

## PRÓLOGO

Los lectores habituales del marqués de Villa-Urrutia, como cuantos personalmente le tratan, saben muy bien que su laboriosidad benedictina solo tiene parangón en la curiosidad insaciable de su espíritu. De los dos grandes espectáculos que el mundo nos ofrece, pródiga y cotidianamente: la Humanidad y la Naturaleza, este último interesa a Villa-Urrutia relativamente poco, a causa quizá de su congénita miopía física. En cambio, su visión espiritual está dotada de eficacísimo poder escudriñador, que se ejercita incesantemente a través de gestos, ademanes y palabras, con alguna morbosa predilección por sorprender los secretos humanos más inconfesables.

Andanzas de la profesión diplomática obligaron a Villa-Urrutia a recorrer medio planeta; y en el curso de ellas comprobó, sin duda muy pronto, cuán escasamente difieren entre sí los varios ejemplares de la fauna humana, esparcida por el orbe terráqueo, aun cuando mueva a juzgar de otro modo la desconcertadora diversidad de razas, religiones, lenguas, culturas y costumbres. Persuadido así de que su pasión dominante, exacerbada por los años, no se podía satisfacer en un espacio, buscó nuevo pasto para ella en el tiempo; y al llegar a la madurez de su vida emprendió la serie, ya no corta, de estudios históricos publicados en los últimos veinte años, que le dieron rápidamente feliz notoriedad como escritor, y le depararon, con justicia, plaza de número en las Academias Española y de la Historia.

Conocen los doctos y no ignoran muchos profanos las aportaciones del autor al caudal, por fortuna tanto o más que las

investigaciones de primera mano, aclaratorias, rectificadoras o ratificadoras de hechos oscuros o controvertidos del pasado nacional, abundan en los libros de Villa-Urrutia las anécdotas curiosas, en que personajes ilustres, por su alcurnia o por sus obras, aparecen ante el lector desceñidos el coturno y la clámide, y a veces también todas las demás ropas, incluso las menores, para mostrársenos en la intimidad del hogar y, siempre que es posible, en la de la alcoba.

Este naturalismo histórico, a semejanza de su congénere el literario, desdeña por insípido lo normal, se regodea con lo salaz, acoge con fruición lo malicioso, opta siempre por la hipótesis más pintoresca y derrocha ingenio para salvar, ya que no la pulcritud, al menos el decoro, en los altibajos de las escabrosidades descriptivas que, página tras página, va atravesando.

Rebuscador asiduo de indiscreciones ajenas, el marqués de Villa-Urrutia hubo de preferir fatalmente a toda otra lectura la de memorias, recuerdos, confesiones, cartas y demás libros o manuscritos divulgadores de intimidades, por lo común recatadas del público. Representante de la majestad católica cerca de muchos Gobiernos republicanos y monárquicos; habitual concurrente, por obligación del oficio y por irresistible devoción propia, a los mentideros cosmopolitas, suburbios y aledaños de las más encopetadas Cortes europeas; observador perspicaz de cuanto veía y oía; dotado de fidelísima memoria para retenerlo y de singular gracejo para referirlo después, no era fácil que resistiese la tentación de cultivar él también, por cuenta propia, ese género literario, que suele juntar a la amenidad de lo novelesco la autenticidad atrayente de lo vivido.

En la evocación de los recuerdos de su existencia hubo de hallar el autor la misma duplicidad de elementos narrativos que se advierte en sus restantes trabajos. De una parte, acudieron a su memoria

dichos y hechos jocosos, muy adecuados para ser servidos al público en cualquier tiempo, a condición de aderezarlos hábilmente con unos cuantos granos de sal y pimienta y una cucharadita de mostaza. De otra parte, le requerían también los papeles de su archivo para extractar de ellos noticias valiosísimas en asuntos todavía secretos, aunque acechados ya por la escrutadora mirada de la Historia. Debíó de parecerle que no estaba en sazón la publicidad de esto último, y no quiso resignarse a dejar lo primero inédito durante su vida. Aprovechó, pues, según él mismo dice, «los ocios de un verano madrileño ardiente como pocos» para escribir, a vuela pluma, este dicharachero PALIQUE DIPLOMÁTICO, reservando cuanto se enlaza con la vida exterior española de los últimos 20 años, para desenvolverlo, sin duda, en obra de más fuste y trascendencia, que necesariamente habrá de ser, por imperativo de su índole peculiar, extensa y póstuma.

El índice que se inserta al final de esta obra, aún sin la lectura de las páginas que preceden, advierte ya al lector de cuán numerosos fueron los sainetes, comedias y tragedias presenciados dentro y fuera de España por quien escribe, desde localidad preferente o entre bastidores, con tanta mayor holgura y paz del ánimo, cuanto que solo en contadísimas ocasiones se vio forzado a salir personalmente a escena.

Plenipotenciario de su nación en casi todos los congresos y conferencias internacionales celebrados en lo que va de siglo, el tiempo que le hicieron perder estas asambleas, por lo común enojosas y estériles, lo aprovechó aplicándose a trabar conocimiento y trato con personajes eminentes de todos los países del mundo. Además, en el curso de su carrera como secretario, jefe de misión o embajador, halló ocasiones frecuentes de departir con soberanos y familiares de ellos, jefes de Estado, ministros, altos funcionarios y diplomáticos

extranjeros, en torno de cada uno de los cuales se movían, simultánea o sucesivamente, figuras femeninas, con frecuencia también interesantes. No tendría perdón nuestro autor si no se decidiese a perpetuar muchas de estas imágenes catalogadas en sus recuerdos, trazando, con su aticismo habitual, las siluetas características.

Desde que a fines del siglo XIX colaboró Villa-Urrutia en las negociaciones del tratado de París, para poner término a la impropriadamente llamada guerra entre España y los Estados Unidos, hasta los diez próximos en que como embajador de su majestad católica cerca del Quirinal presencié la marcha sobre Roma del fascismo triunfante, no hubo acontecimiento europeo (alguno de tan desmesurado calibre como el estallido de la Guerra grande) que el autor no pueda esclarecer con datos inéditos, luminosos y fehacientes. Raro es el capítulo de este PALIQUE en que no afloran de súbitos temas históricos, estimuladores de la curiosidad, que se siente defraudada cuando los anega, a seguida, el aluvión de episodios anecdóticos. Pero el lector se consuela pensando que el aperitivo precede de cerca a los manjares sólidos, y supone, con razonable fundamento, que tras este anticipo, no ciertamente reintegrable, comenzará la preparación de las memorias, para las que Villa-Urrutia se reserva, de propósito, desvelar cuanto ahora encubre e insertar cuanto aquí omite.

Claro es que pluma tan ágil y expedita no había menester de probaturas y ensayos para adquirir confianza en sí propia, pareja con la magnitud del empeño autobiográfico. El autor de las *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia* (para no citar sino el más arduo de sus trabajos) tiene ya cumplidamente acreditadas la competencia magistral y la pericia técnica. Pero no se manejan en balde, durante largos años, las claves gráficas en la

cotidiana tarea de cifrar y descifrar despachos, cuya indiscreta publicación acarrearía serios disgustos, cuando no graves conflictos. La reserva profesional, que en la juventud parece incómodo freno, adquiere, a la larga, fuerza de hábito penosamente desechable; y cuantos ejercen profesión que la requiere, si no están aquejados de necesidad crónica, dominan en su madurez el arte de callar todavía mejor que el de hablar, por elocuentes que sean. La repugnancia a disertar en público, de palabra o por escrito, sobre asuntos de política exterior, llega a ser instintiva en los embajadores de carrera, sobre todo si, como Villa-Urrutia, no comparten la fe de Lloyd George (aún en él más teórica que práctica) acerca de la posible y próxima desaparición de la diplomacia secreta.

Azares de nuestra política interna, que no «conveniencias del servicio», determinaron, hace pocos meses, la cesantía de este embajador, y le siguen manteniendo apartado del servicio nacional. Más, por fortuna, hízole la Providencia merced de no extenderle la jubilación que solo ella decreta, sin miramientos de edad ni contemplaciones de escalafón, única eficaz, definitiva e irremediable. Perduran, pues, los ocios del cesante y la vocación de entretenerlos evocando sucesos pretéritos. El invierno crudo, más propicio aún que el verano ardiente para el recogimiento del escritor, le moverán a proseguir lo comenzado, y este impulso, habitual también en Villa-Urrutia, como la reserva diplomática, pero de fijo más irresistible, disipará sus últimos escrúpulos.

No tienen ellos, en verdad, justificación suficiente. Van ogaño los vivos tan de prisa como los muertos. La avidez universal ha contagiado ya incluso a la Historia, y la indolente matrona de otros tiempos corre hoy a zancadas, pisando los talones de la actualidad. De la Europa continental anterior a 1914 es bien poco lo que se

mantiene en pie; y hasta los partidos españoles de turno, que, todavía ayer, se antojaban consustanciales con la vida nacional, parecen, por fin, muy próximos a merecer propiamente su clásico mote de históricos.

La conveniencia pública de escribir ese libro es tan notoria, como propicias para ello hemos visto que son las circunstancias. Hay en nuestras gestas exteriores un período, que se inicia en 1901 con el primer diálogo francoespañol para alterar el *statu quo* marroquí, y termina en 1919, cuando, por haber suscrito la Paz de Versalles, recobra Francia libertad para atender de nuevo a las descuidadas cuestiones mediterráneas, período que sigue siendo casi ignorado de nuestros compatriotas, no solo porque está sin escribir la crónica imparcial y sistemática de su génesis y desenvolvimiento, sino porque la fragmentaria, diseminada en libros, revistas y periódicos, se embrolló deliberada e inconscientemente, con bastardos fines políticos, y a causa también de referencias inexactas y burdas incomprendiones. Algún conspicuo prohombre, que es, por añadidura, orador grandilocuente, desbarraba no ha mucho acerca del contenido y el alcance del Pacto de Cartagena. Nadie con más títulos que el marqués de Villa-Urrutia, embajador durante ese lapso en Londres y París, amén de ministro de Estado, para reivindicar los maltrechos fueros de la verdad, y aportar íntegra la prueba documental y testifical que la importancia del caso requiere y merece.

Tengo por indefectible que libro tan patrióticamente necesario, para edificación de la posteridad, no quedará inédito; pero presumo que faltara en él, así mismo, la página autobiográfica, que ya sorprende no hallar en el presente PALIQUE; la confesión ingenua en que el autor se muestra tal cual es, o, por lo menos, tal cual cree ser, sin hipocresías ni veladuras. En cualesquiera otros géneros literarios,

incluso los demás históricos, los rasgos psicológicos del cultivador interesan acaso al crítico, pero nada o muy poco al público en general. La biografía, por el contrario, no es nunca completa si no se acompaña al texto narrativo el fiel trasunto físico y moral del protagonista. Ahora bien: entre gentes de «la carrera» circulan de tiempo atrás hechos y dichos de Villa-Urrutia, rezumantes de ingenio, humorismo o ironía, que en vano buscaréis en las páginas de este PALIQUE; y silencio tan sospechoso se ha de tomar como indicio infalible de que no hallará nunca ocasión adecuada para hablar de su persona, víctima de pudorosa modestia literaria, que es sentimiento loabilísimo, salvo cabalmente en el autobiógrafo.

Si la escritura tuviera la misma propensa facilidad de la palabra para descubrir lo que abunda en el corazón, y el marqués de Villa-Urrutia se decidiese algún día a verterlo en las cuartillas por los puntos de la pluma, quizá redactara con mejor estilo, pero de seguro con idéntica sustancia, párrafo muy análogo a éste:

«Sabe, amigo lector, como yo, que en el curso de mi existencia penetré el secreto de innúmeros disfraces y aun arranqué con maña no pocas caretas, viví perpetuamente condenado a sujetar incómodo antifaz ante el rostro propio. Cuanto llegué a ser lo debí a mi solo esfuerzo. Sin apoyos familiares, padrinos protectores ni siquiera robustez física, conquisté posición social, ilustré mi apellido, fundé un linaje. La voz pública, que equivale a decir la de mis enemigos, puesto que los extraños e indiferentes creen y repiten siempre lo peor de cuanto escuchan, me moteja de hombre descreído, con aviesas intenciones y lengua viperina. ¿Quieres saber por qué? Porque en la perenne lucha a que me forzó la vida, lacerado mil veces por la injusticia, incorregiblemente susceptible a la punzada de la burla, temeroso en toda hora de ver traicionada mi lealtad, utilicé para

defensa y ataque las armas del ingenio, las únicas que hallé a mano, que pude y supe esgrimir. Terminada ya la comedia, puedo exclamar, plagiando al más augusto y feliz de los actores históricos: «Aplaudid, ciudadanos». Porque logré que, bajo la máscara del escéptico, mordaz y amenazador, no llegaseis nunca a descubrir al creyente, sentimental, efectivo y tímido».

¿Escribiría así el marqués de Villa-Urrutia? Tal vez no fue lo que antecede sino dislate, rayano en la impertinencia, de quien tenía por única misión cumplir la orden (que tanto monta para él un requerimiento amistoso de su antiguo jefe) de prologar, sin aventurarse en honduras, este PALIQUE DIPLOMÁTICO.

GABRIEL MAURA GAMAZO

Octubre de 1923

## I. PALIQUE DIPLOMÁTICO

En discursos académicos y en libros de historia he procurado defender a los diplomáticos profesionales, dedicados a un oficio que los políticos y los intelectuales califican de luciente ociosidad, sin quehacer ninguno positivo; pero he tenido que reconocer en mi fuero interno, y ahora, tardíamente convicto y contrito, he de confesar públicamente, que es clara muestra de inferioridad mental seguir desde temprana edad y paso a paso una carrera como la diplomática, larga, costosa y mal retribuida, a cuya meta llega en España de pronto y sin servicio alguno público y notorio cualquier improvisado hombre de Estado que surge, como Minerva, de la cabeza de Júpiter, y de la que está siempre expuesto el profesional a verse despedido de *una coz de borrico vizcaíno*, según decía Azara<sup>1</sup> cuando el ministro Urquijo<sup>2</sup> le dejó cesante. Claro está que para estos naturales desahogos del ministro de Estado no es condición indispensable que sea vizcaíno<sup>3</sup>.

El desamor a los asuntos exteriores ha sido también causa de que se mire con cierto menosprecio a los que se consagran a ellos

---

<sup>1</sup> José Nicolás de Azara y Perera (1730 - 1804), marqués de Nibbiano, político, diplomático y mecenas español (Nota de los ed.).

<sup>2</sup> Mariano Luis de Urquijo y Muga (Bilbao, 1769 - París, 1817) fue secretario de Estado y del Despacho de Carlos IV y de José I Bonaparte (Nota de los ed.).

<sup>3</sup> Se está refiriendo a Santiago Alba Bonifaz (Zamora, 1872 - San Sebastián 1849), ministro de Estado entre el 7 de diciembre de 1922 y el 15 de noviembre de 1923 (Nota de los ed.).